

Fausto



JOHANN WOLFGANG
GOETHE

 MINEDUCACIÓN


Leer es
mi Cuento
Plan Nacional de Lectura y Escritura

 **TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

Estanislao del Campo

FAUSTO

Estanislao del Campo / Fausto

Colección Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Primera edición, Bogotá, junio de 2016

Juan Manuel Santos Calderón **Presidente de la República**

Gina Parody d'Echeona **Ministra de Educación Nacional**

Víctor Javier Saavedra Mercado **Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media**

Ana Bolena Escobar Escobar **Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media**

Paola Trujillo Pulido **Subdirectora de Fomento de Competencias**

Silvia Prada **Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura**

Coordinación editorial: Equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: **VIDA GLOBAL S.A.**

ISBN 978-987-34-1492-3

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

– I –

En un overo rosao,
flete nuevo y parejito,
caía al bajo, al trotecito
y lindamente sentao,
un paisano del Bragao,
de apelativo Laguna:
mozo jinetaso, ¡ahijuna!,
como creo que no hay otro.
Capaz de llevar un potro
a sofrenarlo en la luna.
¡Ah criollo!, si parecía
pegao en el animal,
que aunque era medio bagual
a la rienda obedecía,
de suerte que se creería
ser no sólo arrocinao,
sino también del recao

de alguna moza pueblera:

¡Ah Cristo! ¡Quién lo tuviera!...

¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,

vivaracho y coscojero,

le iba sonando al overo

la plata que era un primor;

pues eran plata el fiador,

pretal, espuelas, virolas,

y en las cabezadas solas

traía el hombre un Potosí:

¡Qué!... ¡Si traía para mí,

hasta de plata las bolas!

En fin, como iba a contar,

Laguna al río llegó,

contra una tosca se apió

y empezó a desensillar.

En esto, dentró a orejiar

y a resollar el overo,
y jue que vido un sombrero
que del viento se volaba
de entre una ropa, que estaba
más allá, contra un apero.

Dio güelta y dijo el paisano:

-¡Vaya Záfiro! ¿Qué es eso?

Y le acarició el pescueso
con la palma de la mano.

Un relincho soberano
pegó el overo que vía
a un paisano que salía
de la agua en un colorao
que al mesmo overo rosao
nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
media güelta dio Laguna,
y ya pegó el grito: – ¡Ahijuna!

¿No es el Pollo?

-Pollo, no,

ese tiempo se pasó,

(contestó el otro paisano),

ya soy jaca vieja, hermano,

con la púas como anzuelo,

y a quien ya le niega el suelo

hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron

tal abrazo con Laguna,

que sus dos almas en una

acaso se misturaron.

Cuando se desenredaron,

después de haber lagrimiao,

el overito rosao

una oreja se rascaba,

visto que la refregaba

en la clin del colorao.

-Velay, tienda el cojinillo,

Don Laguna, sientesé,

y un ratito aguardemé

mientras maneo el potrillo:

vaya armando un cigarrillo,

si es que el vicio no ha olvidao;

ahí tiene contra el recaó

cuchillo, papel y un naco:

yo siempre pico el tabaco

por no pitarlo aventao.

-Vaya amigo, le haré gasto...

-¿No quiere maniar su overo?

-Dejeló a mi parejero

que es como mata de pasto.

Ya una vez, cuando el abasto,

mi cuñao se desmayó;

a los tres días volvió

del insulto, y crea, amigo,

peligra lo que le digo:

el flete ni se movió.

-¡Bien haiga, gaucho embustero!

¿Sabe que no me esperaba

que soltase una guayaba

de ese tamaño, aparcerero?

Ya colijo que su overo

está tan bien enseñao,

que si en vez de desmayao

el otro hubiera estao muerto,

el fin del mundo, por cierto,

me lo encuentra allí parao.

-Vean cómo le buscó

la güelta... ¡Bien haiga el Pollo!

Siempre larga todo el rollo

de su lazo...

-¡Y cómo no!

¿O se ha figurao que yo

asina no más las trago?

¡Hágase cargo!...

-Ya me hago...

-Prieste el juego...

-Tomeló.

-Y aura, le pregunto yo:

¿qué anda haciendo en este pago,

-Hace como una semana

que he bajao a la ciudá,

pues tengo necesidá

de ver si cobro una lana;

pero me andan con mañana,

y no hay plata, y venga luego.

Hoy no más cuasi le pego

en las aspas con la argolla

a un gringo, que aunque es de embrolla,

ya le he maliciao el juego.

-Con el cuento de la guerra

andan matreros los cobres

-Vamos a morir de pobres

los paisanos de esta tierra.

Yo cuasi he ganao la sierra

de puro desesperao...

-Yo me encuentro tan cortao,

que a veces, se me hace cierto

que hasta ando jediendo a muerto...

-Pues yo me hallo hasta empeñado.

-¡Vaya un lamentarse! ¡ahijuna!...

Y eso es de vicio, aparcero:

a usted lo ha hecho su ternero

la vaca de la fortuna.

Y no llore, Don Laguna,

no me lo castigue Dios:

si no comparemolós

mis tientos con su chapiao,

y así en limpio habrá quedao

el más pobre de los dos.

-¡Vean si es escarbador

este Pollo! ¡Virgen mía!

Si es pura chafalonía...

-Eso sí, ¡siempre pintor!

-Se la gané a un jugador

que vino a echarla de güeno.

Primero le gané el freno

con riendas y cabezadas,

y en otras tantas jugadas

perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿Y sabe lo que decía

cuando se vía en la mala?

El que me ha pelao la chala

debe tener brujería.

A la cuenta se creería

que el Diablo y yo...

¡Callesé.

amigo! ¿No sabe usted

que la otra noche lo he visto

al demonio?

-¡Jesucristo!

-Hace bien, santigüese.

-¡Pues no me he de santiguar!

Con esas cosas no juego;

pero no importa. Le ruego

que me dentre a relatar

el cómo llegó a topar

con el malo, ¡Virgen Santa!

Sólo el pensarlo me espanta...

-Güeno, le voy a contar,

pero antes voy a buscar

con qué mojar la garganta.

El Pollo se levantó

y se jue en su colorao,

y en el overo rosao

Laguna a la agua dentró.

Todo el baño que le dio

jue dentrada por salida,

y a la tosca consabida,

Don Laguna se volvió,

ande a Don Pollo lo halló

con un frasco de bebida.

-Larguesé al suelo, cuñao,

y vaya haciéndose cargo

que puede ser más que largo

el cuento que le he ofertao:

desmanee el colorao,

desate su maniador,

y, en ancas, haga el favor

de acollararlos...

-Al grito:

¿Es manso el coloradito?

-¡Ese es un trebo de olor!

-Ya están acollaraditos...

-Dele un beso a esa giñebra:

yo le hice sonar de una hebra

lo menos diez golgoritos.

-Pero esos son muy poquitos

para un criollo como usted,

capaz de prenderselé

a una pipa de lejía...

-Hubo un tiempo en que solía...

-Vaya amigo, larguesé.

– II –

-Como a eso de la oración,

aura cuatro o cinco noches,

vide una fila de coches

contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,

como hacienda amontonada,

pujaba desesperada

por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,

y a punta de hombro y de codo,

hice, amigaso, de modo

que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada

y di güelta... ¡Cristo mío!

Estaba pior el gentío

que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja

que le había dao el mal...

-Y si es chico ese corral

¿a qué encierran tanta oveja?

-Ahí verá: por fin, cuñao,

a juerza de arrempujón

salí como mancarrón

que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron

lo propio que picadillo,

y el fleco del calzoncillo

hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,

de toda esa desventura,

el puñal de la cintura

me lo habían refalao.

-Algún gringo como luz

para la uña ha de haber sido.

-¡Y no haberlo yo sentido!

En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón

por la pérdida, dentré

y a una escalera trepé

con ciento y un escalón.

Llegué a un alto, finalmente,

ande va la paisanada,

que era la última camada

en la estiba de la gente.

Ni bien me había sentao,

rompió de golpe la banda

que detrás de una baranda

la habían acomodao.

Y ya tamién se corrió

un lienzo grande, de modo,

que a dentrar con flete y todo

me avento, creameló.

Atrás de aquel cortinao,

un Dotor apareció

que asigún oi decir yo,

era un tal Fausto mentao.

-¿Dotor dice? Coronel

de la otra Banda, amigaso;

lo conozco a ese criollaso

porque he servido con él.

-Yo tamién lo conocí,

pero el pobre ya murió:

¡bastantes veces montó

un zaino que yo le di!

Dejeló al que está en el cielo,

que es otro Fausto el que digo,

pues bien puede haber, amigo,

dos burros del mesmo pelo.

-No he visto gaucho más quiebra

para retrucar, ¡ahijuna!...

-Dejemé hacer, Don Laguna,

dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,

el Dotor apareció

Y, en público, se quejó

de que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía

con la cencia que estudió.

que él a una rubia quería,

pero que a él la rubia no.

Que al ñudo la pastoriaba

dende el nacer de la aurora,

pues de noche y a toda hora

siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana a ordeñar

salía muy currutaca,

que él le maniaba la vaca,

pare de contar.

Que cansado de sufrir,

y cansado de llorar,
al fin se iba a envenenar
porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
tiró contra el suelo el gorro,
y por fin, en su socorro,
al mismo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!

¡Viera sustaso, por Cristo!

¡Ahi mesmo, jediendo a misto

se pareció el condena!

Hace bien: persinesé

que lo mesmito hice yo.

-¿Y cómo no disparó?

-Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,

flacón, un sable largote,

gorro con pluma, capote,

y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,

con cada ojo como un charco,

y cada ceja era un arco

correr la sortija.

«Aquí estoy a su mandao,

cuenta con un servidor»,

le dijo el Diablo al Dotor,

que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor no se me asuste

que yo lo vengo a servir:

pida lo que ha de pedir

y ordenemé lo que guste».

El Dotor medio asustao

le contestó que se juese...

-Hizo bien: ¿no le parece?

-Dejuramente, cuñao.

Pero el Diablo comenzó

a alegar gastos de viaje

y a medio darle coraje

hasta que lo engatusó.

-¿No era un Dotor muy projundo?

¿Cómo se dejó engañar?

-Mandinga es capaz de dar

diez güeltas a medio mundo.

El Diablo volvió a decir:

«Mi Dotor, no se me asuste,

ordenemé en lo que guste,

pida lo que ha de pedir».

«Si quiere plata tendrá:

mi bolsa siempre está llena,

y más rico que Anchorena

con decir quiero, será».

«No es por la plata que lloro»,

Don Fausto le contestó:

«otra cosa quiero yo

mil veces mejor que el oro».

«Yo todo le puedo dar»,

retrucó el Rey del Infierno,

«Diga: ¿quiere ser Gobierno?

Pues no tiene más que hablar».

«No quiero plata ni mando»,

dijo Don Fausto, «yo quiero

el corazón todo entero

de quien me tiene penando».

No bien esto el Diablo oyó,

soltó una risa tan fiera,

que toda la noche entera

en mis orejas sonó.

Dio en el suelo una patada,

una paré se partió,

y el Dotor, fulo, miró

a su prenda idolatrada.

-¡Canejo!... ¿Será verdá?

¿Sabe que se me hace cuento?

-No crea que yo le miento:

lo ha visto media ciudá.

¡Ah Don Laguna! ¡Si viera

qué rubia!... Creameló:

creí que estaba viendo yo

alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzaó,

se apareció la muchacha:

pelo de oro, como hilacha

de choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,

y celeste la pollera,

Don Laguna, si aquello era

mirar a la Inmaculada.

Era cada ojo un lucero,

sus dientes, perlas de mar,

y un clavel al reventar

era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco

el Dotor cuando la vio,

pero el Diablo lo atajó

diciéndole: «Poco a poco;

si quiere, hagamos un pato:

usté su alma me ha de dar.

y en todo lo he de ayudar:

¿le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,

el Diablo sacó un papel

y lo hizo firmar en él

cuanto la gana le dio.

-¡Dotor, y hacer ese trato!

-¿Qué quiere hacerle, cuñao,

si se topó ese abogao

con la orma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor

era dentrao en edá,

asina es que estaba ya

bichoco para el amor.

Por eso al dir a entregar

la contrata consabida,

dijo: «¿Habrà alguna bebida

que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,

misto, mágica o polvito

le echó el Diablo y... ¡Dios bendito!

¡Quién demonios lo creería!

¿Nunca ha visto usté a un gusano

volverse una mariposa?

Pues allí la mesma cosa

le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón

de pronto se vaporaron

y en el Dotor ver dejaron

a un donoso mocetón.

-¿Qué dice?... ¡barbaridad!...

¡Cristo padre!... ¿Será cierto?

-Mire: que me caiga muerto

si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó

a la rubia que se juese,

y que la paré se uniese,

y la cortina cayó.

A fuerza de tanto hablar

se me ha seco el gargüero:

pase el frasco, compañero.

-¡Pues no se lo he de pasar!

– III –

-Vea los pingos...

-¡Ah hijitos!

Son dos fletes soberanos.

-¡Como si fueran hermanos

bebiendo la agua juntitos!

-¿Sabe que es linda la mar?

-¡La viera de mañanita

cuando a gatas la puntita

del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora

roncando la marejada,

y ve en la espuma encrespada

los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca

y, con la vela al solcito,

se ve cruzar un barquito

como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente,
venir boyando un islote,
y es que traí a un camalote
cabrestiendo la corriente.
Y con un campo quebrao
bien se puede comparar,
cuando el lomo empieza a hinchar
el río medio alterao.
Las olas chicas, cansadas,
a la playa a gatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas.
Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao,
cair volando al displayao
gaviotas, garzas y patos.
Y en las toscas, es divino
mirar las olas quebrarse,

como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
cuando, barrosa y bramando,
sierras de agua viene alzando
embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
se amostrase retobao,
al mirar tanto pecao
come se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
cuando el Señor la serena,
sobre ancha cama de arena,
obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
a flor de agua algún pescao:
van, como plata, cuñao,
las escamas relumbrando.

-¡Ah Pollo! Ya comenzó
a meniar taba: ¿y el caso?
-Dice muy bien, amigaso:
seguiré contandoló.

El lienzo otra vez alzaron
y apareció un bodegón,
ande se armó una runión
en que algunos se mamaron.

Un Don Valentín, velay,
se hallaba allí en la ocasión,
capitán, muy guapetón,
que iba a dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
de la rubia y conversaba
con otro mozo que andaba
viendo de hacerlo cuñao.

Don Silverio, o cosa así,
se llamaba este individuo,

que me pareció medio ido

o sonso cuanto lo vi.

Don Valentín le pedía

que a la rubia la sirviera

en su ausencia...

-¡Pues sonsera!

¡El otro qué más quería!

-El capitán, con su vaso,

a los presentes brindó,

y en esto se apareció

de nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían

tamién echaría un trago,

que era por no ser del pago

que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación,

dijo el Diablo que era brujo:

pidió un ajenco y lo trujo

el mozo del bodegón.

«No tomo bebida sola»,

dijo el Diablo: se subió

a un banco, y vi que le echó

agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil

entre la copa sonó

y a echar llamas comenzó

como si fuera un candil.

Todo el mundo reculó;

pero el Diablo sin turbarse

les dijo: «no hay que asustarse»,

y la copa se empinó.

-¿Qué buche? ¡Dios soberano!

-Por no parecer morao

el Capitán jue, cuñao,

y le dio al Diablo la mano.

Satanás le registró

los dedos con grande afán,
y le dijo: «Capitán,
pronto muere, crealó».

El Capitán, retobao,
peló la lata y Luzbel
no quiso ser menos que él
y peló un amojosao.

Antes de cruzar su acero,
el Diablo el suelo rayó:
¡Viera el juego que salió!...
-¡Qué sable para yesquero!
-¿Qué dice? ¡Había de oler
el jedor que iba largando
mientras estaba chispiando
el sable de Lucifer!

No bien a tocarse van
las hojas, creameló,
la mitá al suelo cayó

del sable del Capitán.

«¡Este es el Diablo en figura

de hombre!» el Capitán gritó,

y al grito le presentó

la cruz de la empuñadura.

¡Viera al Diablo retorcerse

como culebra, aparcero!

-¡Oiganlé!...

-Mordió el acero

y comenzó a estremecerse.

Los otros se aprovecharon

y se apretarán el gorro:

sin duda a pedir socorro

o a dar parte dispararon.

En esto Don Fausto entró

y conforme al Diablo vido,

le dijo: «¿Qué ha sucedido?»

Pero él se desentendió.

El Dotor volvió a clamar

por su rubia, y Lucifer,

valido de su poder,

se la volvió a presentar.

Pues que golpiando en el suelo

en un beile apareció,

y Don Fausto le pidió

que lo acompañase a un cielo.

No hubo forma que bailara:

la rubia se encaprichó;

de balde el Dotor clamó

por que no lo desairara.

Cansao ya de redetirse

le contó al Demonio el caso;

pero él le dijo: «Amigaso,

no tiene por qué afligirse:

Si en el beile no ha alcanzao

el poderla arrocinar,

deje: le hemos de buscar

la güelta por otro lao.

Y mañana, a más tardar,

gozará de sus amores,

que a otras, mil veces mejores,

las he visto cabrestiar».

«¡Balsa general!» gritó

el bastonero mamao;

pero en esto el cortinao

por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo

si le parece...

-¡Pues no!

-Tome el naco, piqueló,

usté tiene mi cuchillo.

Ya se me quiere cansar

el flete de mi relato...

-¡Priéndale guasca otro rato:

recién comienza a sudar.

-No se apure; aguardesé:

¿cómo anda el frasco?

-Tuavía

hay con qué hacer medio día:

ahí lo tiene, priendalé.

-¿Sabe que este ginebrón

no es para beberlo solo?

Si alvierto traigo un chicholo

o un cacho de salchichón.

-Vaya, no le ande aflojando,

déle trago y domeló,

que a reiz de las carnes yo

me lo estoy acomodando.

-¿Qué tuavía no ha almorzao?

-Ando en ayunas, Don Pollo;

porque ¿a qué contar un bollo

y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención

de ir a la fonda de un gringo

después de bañar el pingo...

-Pues vamonás del tirón.

-Aunque ando medio delgao,

Don Pollo, no le permito

que me merme ni un chiquito

del cuento que ha comenzao.

-Pues, entonces, allá va:

otra vez el lienzo alzaron

y hasta mis ojos dudaron,

lo que vi... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!

¡Viera, amigaso, el jardín!

Allí se vía el jazmín,

el clavel, la margarita,

el toronjil, la retama,

y hasta estuatas, compañero;

al lao de ésa, era un chiquero

la quinta de Don Lezama.

Entre tanta maravilla

que allí había, y medio a un lao,

habían edificado

una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía

entre las flores como ella,

allí brillaba esa estrella

que el pobre Dotor seguía.

Y digo pobre Dotor,

porque pienso, Don Laguna,

que no hay desgracia ninguna

como un desdichao amor.

-Puede ser; pero, amigaso,

yo en las cuartas no me enriedo

y, en un lance en que no puedo,

hago de mi alma un cedaso.

Por hembras yo no me pierdo:

la que me empaca su amor

pasa por el cernidor.

Y... si te vi, no me acuerdo.

Lo demás es calentarse

el mate al divino ñudo...

-¡Feliz quien tenga ese escudo

con qué poder rejuardarse!

Pero usted habla, Don Laguna,

como un hombre que ha vivido

sin haber nunca querido

con alma y vida a ninguna.

Cuando un verdadero amor

se estrella en una alma ingrata,

más vale el fierro que mata

que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue

a donde quiera que va:

es una fatalidá

que a todas partes lo sigue.

Si usted en su rancho se queda,

o si sale para un viaje,

es de valde: no hay paraje

ande olvidarla usted pueda.

Cuando duerme todo el mundo,

usted, sobre su recajo,

se da güeltas, desvelao,

pensando en su amor projundo.

Y si el viento hace sonar

su pobre techo de paja,

cree usted que es ella que baja

sus lágrimas a secar.

Y si en alguna lomada

tiene que dormir al raso,

pensando en ella, amigaso,

lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,
o entre cardos, Don Laguna,
verá su cara en la luna,
y en las estrellas, sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
al bien de su alma querido,
si hasta cree ver su vestido
en la nube que se pierde?

Ansina sufre en la ausencia
quien sin ser querido quiere:
aura verá cómo muere
de su prenda en la presencia.

Si enfrente de esa deidá
en alguna parte se halla,
es otra nueva batalla
que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos
le alumbra la triste frente,

ustedé, Don Laguna, siente

el corazón entre abrojos.

Su sangre comienza a alzarse

a la cabeza en tropel,

y cree que quiere esa cruel

en su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega

esa ligera mirada,

queda su alma abandonada

entre el dolor que la aniega.

Y ustedé firme en su pasión...

y van los tiempos pasando,

un hondo surco dejando

en su infeliz corazón.

-Güeno, amigo: así será,

pero me ha sentao el cuento...

-¡Qué quiere! Es un sentimiento...

tiene razón; allá va:

Pues, señor, con gran misterio,
traíndo en la mano una cinta,
se apareció entre la quinta
el sonso de Don Silverio.

Sin duda alguna saltó
las dos zanjas de la güerta,
pues esa noche su puerta
la mesma rubia cerró.

Rastriandoló se vinieron
el Demonio y el Dotor,
y tras del árbol mayor
a aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
y la cinta, un ramo armó
Don Silverio, y lo dejó
sobre el umbral de la puerta.

-¡Que no cairle una centella!

-¿A quién? ¿Al sonso?

-¡Pues digo!...

¡Venir a osequirla, amigo,
con las mismas flores de ella!

-Ni bien acomodó el guacho,
ya rumbió...

-¡Miren que hazaña!
¡Eso es ser más que lagaña
y hasta da rabia, caracho!

-El Diablo entonces salió
con el Dotor, y le dijo:
«Esta vez priende de fijo
la vacuna, crealó».

Y el capote haciendo a un lao,
desenvainó allí un baulito,
y jue y lo puso juntito
al ramo del abombao.

-No me hable de ese mulita;
¡qué apunte para una banca!

¿A que era mágica blanca

lo que trujo en la cajita?

-Era algo más eficás

para las hembras, cuñao.

¡Verá si las ha calao

de lo lindo Satanás!

Tras del árbol se escondieron

ni bien cargaron la mina

y más que nunca, divina,

venir a la rubia vieron

La pobre, sin advertir,

en un banco se sentó,

y un par de medias sacó

y las comenzó a surcir.

Cinco minutos, por junto,

en las medias trabajó,

por lo que carculo yo

que tendría sólo un punto.

Dentró a espulgar a un rosal,
por la hormiga consumido,
y entonces jue cuando vido
caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
enderezó a la cajita,
y sacó... ¡Virgen bendita!...

¡Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!

¡Qué rosetas soberanas!

¡Qué collar! ¡Qué carabanas!

-¡Vea al Diablo tentador!

-¿No le dije, Don Laguna?

La rubia allí se colgó

las prendas, y apareció

más platiada que la luna.

En la caja Lucifer

había puesto un espejo...

-¿Sabe que el Diablo, canejo,
la conoce a la mujer?
Cuando la rubia gastaba
tanto mirarse, la luna,
se apareció, Don Laguna,
la vieja que la cuidaba.
¡Viera la cara, cuñao,
de la vieja, al ver brillar
como reliquias de altar
las prendas del condenao!
«¿De dónde este lujo sacás?»
la vieja, fula, decía,
cuando gritó: «Avemaría!»
en la puerta, Satanás.
«¡Sin pecao! ¡Dentre, Señor!»
«¿No hay perros?» «¡Ya los ataron!»
Y ya también se colaron
el Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó

a enamorar a la vieja,

y el Dotorcito a la oreja

de la rubia se pegó.

-¡Vea al diablo haciendo gancho!

-El caso fue que logró

reducirla, y la llevó

a que le amotrara un chanchito.

-¿Por supuesto, el Dotorcito

se quedó allí mano a mano?

-Dejuro, y ya verá hermano

la liendre que era el mocito.

Corcobió la rubiecita,

pero al fin se sosegó,

cuando el Dotor le contó

que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,

la rubia aflojaba laso,

porque el Dotor, amigaso,

se le quería ir al humo.

La rubia lo malició

y por entre las macetas,

le hizo unas cuantas gambetas

y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosál,

sin la vieja apareció...

-¡A la cuenta la largó

jediendo entre algún maizal!

-La rubia, en vez de acostarse,

se lo pasó en la ventana,

y allí aguardó la mañana

sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,

y el lucero se apagaba,

y ya también comenzaba

a venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero

loca una chispa salir,

como dos varas seguir,

y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,

caminaban las estrellas

a morir, sin quedar de ellas

ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento

como sahumero venía,

y alegre ya se ponía

el ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos

gotas de cristal brillaban,

y al suelo se descolgaban

cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento

ver los junquillos doblarse,

y los claveles cimbrarse
al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
el botón de alguna rosa,
venir una mariposa
y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera al cielo
con un pingo comparar,
también podría afirmar
que estaba mudando pelo.

-¡No sea bárbaro, canejito!

¡Qué comparancia tan fiera!

-No hay tal: pues de zaino que era
se iba poniendo azulejo.

¿Cuándo ha dao un madrugón
no ha visto usted, embelesao,
ponerse blanco-azulao
el más negro ñubarrón?

-Dice bien, pero su caso

se ha hecho medio empacador...

-Aura viene lo mejor.

Pare la oreja, amigaso.

El Diablo dentró a retar

al Dotor, y entre el responso

le dijo: «¿Sabe que es sonso?

¿Pa qué la dejó escapar?»

«Ahí la tiene en la ventana:

por suerte no tiene reja,

y antes que venga la vieja

aproveche la mañana».

Don Fausto ya atropelló

diciendo «¡basta de ardiles!»

La cazó de los cuadriles,

y ella... ¡tamién lo abrazó!

-¡Oiganlé a la dura!

-En esto...

bajaron el cortinao.

Alcance el frasco, cuñao.

-A gatas le queda un resto.

– IV –

-Al rato el lienzo subió
y deshecha y lagrimiendo,
contra una máquina hilando
la rubia se apareció.

La pobre dentró a quejarse
tan amargamente allí,
que yo a mis ojos sentí
dos lágrimas asomarse.

-¡Qué vergüenza!

-Puede ser:

pero, amigaso, confiese
que a usted también lo entenece
el llanto de una mujer.

Cuando a usted un hombre lo ofiende,
ya, sin mirar para atrás,
pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!
dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridad
la partida le ha soltado,
usted en su overo rosado
bebiendo los vientos va.
Nadies de usted se despegan
porque se aiga desgraciao,
y es muy bien agasajao
en cualquier rancho a que llega.
Si es hombre trabajador,
ande quiera gana el pan:
para eso con usted van
bolas, lazo y maniador.
Pasa el tiempo, vuelve al pago,
y, cuanto más larga ha sido
su ausencia, usted es recibido
con más gusto y más halago.
Engaña usted a una infeliz,
y, para mayor vergüenza,

va y le cerdea la trenza

antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,

en la cola de su overo,

y le amuestra al mundo entero

la trenza de ña Julana.

Si ella tuviese un hermano,

y en su rancho miserable

hubiera colgao un sable,

juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada

en el mundo ¿qué ha de hacer?

¿A quién la cara volver?

¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja

será su solo consuelo,

y empapar con llanto el pelo

del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor projundo

a la rubia la secaba,

y por eso se quejaba

delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñao,

que el corazón más calludo,

y el gaucho más entrañado,

allí habría lagrimiao.

-¿Sabe que me ha sacudido

de lo lindo el corazón?

Vea si no el lagrimón

que al oírlo se me ha salido...

-¡Oiganlé!

-Me ha redotao:

no guarde rencor, amigo...

-Si es en broma que le digo...

-Siga su cuento, cuñao.

-La rubia se arrebozó

con un pañuelo cenisa,
diciendo que se iba a misa
y puerta ajuera salió.

Y crea usted lo que guste
porque es cosa de dudar...

¡Quién había de esperar
tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ajeno
de lo que allí iba a pasar,
cuando el Diablo hizo sonar
como un pito de sereno.

Una iglesia apareció
en menos que canta un gallo

-¡Vea si dentra a caballo!

-Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando
en una misa cantada,
cuando aquella desgraciada

llegó a la puerta llorando.

Allí la pobre cayó

de rodillas sobre el suelo,

alzó los ojos al cielo,

y, cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena

que al mirar a esa mujer:

amigo, aquello era ver

a la misma Magalena.

De aquella rubia rosada,

ni rastro había quedao:

era un clavel marchitao,

una rosa deshojada.

Su frente que antes brilló

tranquila como la luna,

era un cristal, Don Laguna,

que la desgracia enturbió.

a de sus ojos hundidos

las lágrimas se secaban,
y entretemblando rezaban
sus labios descoloridos.

Pero el Diablo la uña afila,
cuando está desocupao,
y allí estaba el condenao
a una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar
pero el Diablo la atajó,
y tales cosas le habló
que la obligó a disparar.

Cuasi le da el accidente
cuando a su casa llegaba:
la suerte que le quedaba
en la vedera de enfrente.

Al rato el Diablo dentró
con Don Fausto, muy del brazo,
y una guitarra, amigaso,

ahí mismo desenvainó.

-¿Qué me dice, amigo Pollo?

-Como lo oye, compañero:

el Diablo es tan guitarrero

como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,

la claridá se ahuyentaba,

y la noche se acercaba

su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes

una por una salían,

y los montes parecían

batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban

en el corral prisioneras,

y ya las aves caseras

sobre el alero ganaban.

El toque de la oración

triste los aires rompía,
y entre sombras se movía,
el cespó sauce llorón.

Ya sobre la agua estancada
de silenciosa laguna,
al asomarse, la luna,
se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,
en las hojas trompezaban
los pájaros que volaban
a guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
la hoja de la higuera estaba,
y la lechuza pasaba
de trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
en llanto se deshacía,
y rezando a Dios pedía

que le emprestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor,

hostigao por Satanás,

quería otras hojas más

de la desdichada flor.

A la ventana se arrima

y le dice al condenao:

«Déle no más sin cuidao

aunque reviente la prima».

El Diablo a gatas tocó

las clavijas, y al momento

como una arpa el istrumento

de tan bien templao sonó.

-Tal vez lo traiba templao

por echarla de baquiano...

-Todo puede ser, hermano,

pero ¡oyése al condenao!

Al principio se florió

con un lindo bordoneo,
y en ancas de aquel floreo
una décima cantó.

No bien llegaba al final
de su canto el condenaó,
cuando el Capitán, armao,
se apareció en el umbral.

-Pues yo en campaña lo hacía...

-Daba la casualidá
que llegaba a la ciudá
en comisión, ese día.

-Por supuesto hubo fandango...

-La lata ahí no más peló,
y al infierno le aventó
de un cintaraso el changango.

-¡Lindo el mozo!

-¡Pobrecito!

-¿Lo mataron?

-Ya verá:

peló un corbo el Dotorcito,

y el Diablo... ¡barbaridá!

desenvainó una espadita

como un viento, lo embasó

y allí no más ya cayó

el pobre...

-¡Ánima bendita!

A la trifulca y al ruido

en montón la gente vino...

-¿Y el Dotor y el asesino?

-Se habían escabullido.

La rubia tamién bajó

y viera aflicción, paisano,

cuando el cuerpo de su hermano

bañao en sangre miró.

A gatas medio alcanzaron

a darse una despedida,

porque en el cielo, sin vida,

sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,

de lo que yo me alegré...

-Tome el frasco, priendalé.

-Sirvasé no más, cuñao.

– V –

-¡Pobre rubia! Veá usted

cuánto ha venido a sufrir:

se le podía decir:

¡quién te vido y quién te ve!

-Así es el mundo, amigaso:

nada dura, Don Laguna,

hoy nos ríe la fortuna,

mañana nos da un guascaso.

Las hembras, en mi opinión,

train un destino más fiero,

y si quiere, compañero,

le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,

una delicia es cada hoja,

y hasta el rocío la moja

como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor

linda, fresca y olorosa:

a ella va la mariposa,

a ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero

se prenda al verla tan bella

y no pasa por sobre ella

sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor

al verla tan consentida!

Cree que es tan larga su vida

como fragante su olor.

Nunca vio el rayo que raja

a la renegrada nube,

ni ve al gusano que sube,

ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno

de la pobrecita cabe,

pues que se hamaca, no sabe,

entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega

sin la menor desconfianza,

y el gusano ya la alcanza...

y el sol de las doce llega...

Se va el sol abrasador,

pasa a otra planta el gusano,

y la tarde... encuentra, hermano,

el cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñao,

cuando entre flores vivía,

y diga si presumía

destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador,

afijese en su memoria,

Y diga: ¿es igual la historia

de la rubia y de la flor?

-Se me hace tan parecida

que ya más no puede ser.

-Y hay más: le falta que ver

a la rubia en la crujida.

-¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!

-Por última vez se alzó

el lienzo y apareció

en la cárcel encerrada.

-¿Sabe que yo no colijo

el porqué de la prisión?

-Tanto penar, la razón

se le jue, y lo mató al hijo.

Ya la habían sentenciao

a muerte, a la pobrecita,

y en una negra camita

dormía un sueño alterao.

¡Ya redoblaba el tambor,

y el cuadro ajuera formaban,

cuando al calabozo entraban

el Demonio y el Dotor.

-¡Veanló al Diablo si larga

sus presas así no más!

¿A que andubo Satanás

hasta oír sonar la descarga?

-Esta vez se le chingó

el cuete, y ya lo verá...

-Priendalé al cuento que ya

no lo vuelvo a atajar yo.

-Al dentrar hicieron ruido,

creo que con los cerrojos;

abrió la rubia los ojos

y allí contra ella los vido.

La infeliz ya trastornada,

a causa de tanta herida,

se encontraba en la crujida

sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor,

ya comenzó a disvariar,
y hasta le quiso cantar
unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba
con sus antiguos amores,
y creía mirar sus flores
en los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,
al dir a regar su güerta,
se encontraría en la puerta
una caja con diamantes.

Sin ver que en su situación
la caja que la esperaba
era la que redoblaba
antes de la ejecución.

Redepente se afijó
en la cara de Luzbel:
sin duda al malo vio en él,

porque allí muerta cayó.

Don Fausto al ver tal desgracia

de rodillas cayó al suelo,

y entró a pedir al cielo

la recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido

de tanto mal que había hecho,

se daba golpes de pecho

y lagrимиaba afligido.

En dos pedazos se abrió

la paré de la crujida,

y no es cosa de esta vida

lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:

yo vi, entre una nubecita,

la alma de la rubiecita

que se subía a la gloria.

San Miguel en la ocasión,

vino entre nubes bajando
con su escudo, y revoliando
un sable tirabuzón.

Pero el Diablo, que miró
el sable aquel y el escudo,
lo mesmito que un peludo
bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente
y ahí tiene el cuento contaó...

-Prieste el pañuelo, cuñao:
me está sudando la frente.

Lo que almiro es su firmeza
al ver esas brujerías.

-He andao cuatro o cinco días
atacao de la cabeza.

Ya es güeno dir ensillando...

-Tome ese último traguito
y eche el frasco a ese pocito

para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron

de ensillar sus parejeros,

como güenos compañeros,

juntos al trote agarraron.

En una fonda se apiaron

y pidieron de cenar.

Cuando ya iban a acabar,

Don Laguna sacó un rollo

diciendo: «El gasto del Pollo

de aquí se lo han de cobrar».
